

—No, le respondí.

—¿No bebes? me dijo Coralia.

Cogí mi copa:

—¡A la salud de mis amantes!

Y apuré hasta la última gota sin parpadear ni palidecer.

—Y ahora, señores míos, exclamé, pueden solo cantar mi *De Profundis* porque acabo de envenenarme.

¡Silencio absoluto! ¡Silencio de muerte! Después todo el mundo hablaba á la vez.

—¡Está loca! ¡Eso no es verdad! ¿Será un disgusto de amor? ¿Habrá perdido en el juego?

—Puesto que estoy muerta ó poco menos, repliqué, hacedme el favor de pronunciar mi oración fúnebre.

—Que se vaya á buscar un médico, objetó una alma sensible de la reunión.

—Si llaman á un médico, grité cogiendo una copa, lo rompo todo y me arrojo por el balcón.

—Pues bien, exclamó Riviero, recién llegado del Japón, donde habría visto muertes parecidas, pronunciamos su oración fúnebre. Carolina ha venido con los siete pecados mortales.

—Chist! dijo Corali, todo eso sería elocuencia perdida; Carolina ha vertido el veneno en su copa, pero yo lo he visto y la he cambiado por la mía.

Aquel fué uno de los momentos mejores de mi vida.

¡Oh inestabilidad de los corazones femeninos! Había deseado la muerte y no quería más que la vida.

Abracé á Corali por su generosa acción; y cuando me presentaron riendo la copa emponzoñada, no quise mojar los labios en ella.

—¿Es que las tinieblas del pecado son menos horribles que las tinieblas de la muerte?

XIV

El vals infernal

No he tenido nunca gran afición al Rhin alemán. Los alemanes, cuando son hermosos, no saben hacer nada con su cara; cuando tienen dinero, lo cuentan; cuando tienen amor, lo guardan.

En Baden, sin embargo, hallé un Lovelace rubio semejante á un astro loco. Divertíase con paradojas, mezclaba su cerveza con vino champagne, bailaba con princesas rusas, jugaba con los ciervos y gozaba fama de generoso y desprendido.

Era un austriaco amigo del príncipe de Metternich.

Cuando yo perdía mi último luis, como él jugaba siempre en contra mía, al treinta y cuarenta, me demostraba que debía haber puesto mi dinero al rojo si lo puse al negro.

La verdad es que era poco galante en el juego.

Ante el riesgo de perder la batalla uno se acoge á los primeros soldados que llegan. Pero esto no me impidió un día ser desbancada del modo más ruinoso.

Encontréme bajo los árboles delante de la sala de conversación.

—¿Lo ha perdido usted todo? me dijo.

—Todo, hasta la desesperación.

—¿Quiere usted regresar á París?

—¡No! voy á enviar el último telegrama.

—¿Para jugar más?

—Sí, tengo mi plan; quiero jugar diez veces cinco luises al número 19.

—¡Diablo! va usted á hacer saltar la banca.

—Sí; cumplo hoy diecinueve años y quiero que la banca me los pague.

—Pues yo voy á devolvérselos á usted.

Y nos fuimos á la mesa donde se jugaba á la ruleta.

—Atención, pues, exclamé. No es preciso jugar á lo que salga, hay que esperar el cuarto de hora de inspiración. No presiento aún el 19. Me ofreció un helado. Al tomarlo ofreciome también su corazón con las mismas frases que me ofreció el helado.

Acepté en forma parecida. Hay días en los que uno lo acepta todo.

Me levanté de pronto y corrí á la ruleta.

—Cinco luises al 19, dije, entregando el billete de mil francos á un *croupier*.

Apenas concluí de hablar el 19 salió.

Me devolvieron mi billete con tres mil quinientos francos además.

Devolví graciosamente á mi acreedor lo que me había prestado, añadiendo los beneficios obtenidos.

—La gratitud no desaparece por esto, le dije.

Naturalmente, continué jugando.

Todo el mundo sabe que al caer la bola

no siempre suele meterse inmediatamente dentro del mismo agujero.

—19, voceaba nuevamente el tenor de los *croupier*.

Me dieron otros tres mil quinientos francos más.

—¡Y bien! me dijo el austriaco, ya tiene usted lo suficiente para jugar al máximo.

—¡Chist! le repliqué, va usted á deshacerme mis combinaciones. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintisiete años.

Puse mil francos sobre el 19 y mil más sobre el 27.

Salió el 19.

Empecé a ser una heroína: todas las miradas convergieron en mí, mientras yo guardaba treinta y cuatro billetes de mil francos con el gesto de una mujer acostumbrada á remover aquellos papeles.

—¡19! repitió el tenor una vez más. Y entonó el *De profundis* de la banca. La banca saltó y se le hicieron funerales de primera clase.

—Si usted quiere seguir mi consejo, díjome mi salvador, partiremos esta noche para las riberas del Rhin; es precisamente el tiempo más oportuno para admirar la luna de miel sobre mi viejo castillo.

No había visto nunca los castillos alemanes. Experimentaba algo de miedo por tantas leyendas que se cuentan de algunos de estos edificios.

Además, arrancarme violentamente de Baden era huir de una ruina cierta, y me

gustaba no dar la revancha á la banca burlandome de ella.

—Vámonos, dije á mi burgrave.

Una hora después, las maletas estaban cerradas y los rocines de Baden nos llevaron á la estación, pero nunca me parecieron más hermosos los caballos ingleses.

Comimos en Carlsruhe: á eso de las once llegamos á Offendall.

No esperaban al conde en su dominio, y tuvo que hacer mil esfuerzos para despertar á aquellas buenas gentes que él llamaba sus jardineros, pero que eran sus arrendatarios. El jardín no era más que un erial inculto donde trepaban las cepas como lagartos helados por el frío. Aunque estábamos en la más hermosa estación del año, el aspecto de aquellas torres góticas algo desmanteladas, me llenaron de frío el corazón.

—¿Mandaré usted encender fuego? pregunté al conde.

—Sí, respondió, un hermoso fuego de sarmiento como en las leyendas.

—No hablemos ahora de leyendas, iluminemos la estancia y acostémonos charlando de Baden y de París.

Tardóse una media hora en tener el fuego, ante cuyo resplandor apreciamos mejor el helado aspecto de aquellas ruinas gigantes. No había una sola habitación sin los cristales rotos. Dentro de la alcoba, que el conde llamó la alcoba nupcial, espantamos á un mochuelo que desapareció lanzando un fúnebre grito.

—¿Cree usted en los augurios? pregunté al conde.

Apercíbime que estaba pálido é inquieto, y desesperábame ya de haber querido intentar la aventura en una vivienda semejante.

—No tema usted nada, me dijo mi compañero, esas gentes no atienden en seguida; pero ya verá cómo sabiendo esperar tienen recursos y cenaremos bien.

Llevóme hasta la ventana.

—Vea usted, exclamó entonces, qué hermosa es la luna contemplada desde estas ruinas.

—Preciosa, contesté; no olvido que la luna es el sol de las ruinas. Pero prefiero el otro.

—No es usted romántica. Observe usted sin embargo qué poética, qué bella es la claridad de la luna á través de las nubes y sobre las ondas.

Y me enseñaba las nubes en el cielo y las aguas del Rhin.

—Es sublime, le repliqué, pero me muerdo de sueño.

Entonces me dejé caer sobre un viejo sillón de tapicería, duro como una roca. Todo es blando cuando se tiene sueño. Disponíame á dormir cuando él me cogió las manos, se levantó y empezando á cantar se dispuso á bailar un vals.

Me espanté; recordaba vagamente los valses infernales de los poetas alemanes. Para asustarme más, el viento que penetraba por los abiertos ventanales apagaban las bujías.

—Ya ve usted, me dijo, es imposible dormir aquí desde la media noche á la una de la mañana.

Lo miré. Hablaba seriamente.

—Vamos, exclamé, ¿está usted loco ó lo estoy yo?

El tenía tal vez más miedo que yo.

Llamó para pedir la cena.

—Debe usted saber, le repetí, que no me gustan estos aires misteriosos. La hospitalidad de usted no es del todo escocesa. Sin duda que para ofrecerme colorido local es porque hace usted esta comedia.

—Mi querida niña, nosotros los alemanes tenemos la religión del pasado. Creemos que nuestros antecesores continúan celebrando su sábado como cuando eran altos y poderosos señores. El castillo es un lugar de delicias; únicamente desde las once de la noche hasta la una de la madrugada el mal espíritu establece siempre su sitio en esta sala. Es el momento en que deben pagarse las deudas al diablo.

—¡No está mal! ¿Es que tiene usted deudas que pagarle?

—No las he contado.

—¿Y en qué moneda se pagan esas deudas?

—No quiero decírselo á usted porque tendría usted miedo.

Trajeron la cena: un jamón de Mayence con confitura de grosellas y una tortilla de confitura de albaricoques.

Empecé á respirar sobre todo, contemplando dos botellas de vino del Rin.

Nos sentamos á la mesa, pero la alegría no volvió. Bebí, copa sobre copa, tres vasos de vino.

—Es un vino de mañana, dije, bueno para pasar la noche.

—¿Quiere usted champagne?

—No, no vale la pena, estoy melancólica ya.

Ensayé vanamente reír.

Cinco minutos después me tumbé sobre mi butaca y me dispuse á dormir en seguida.

Pero el conde se precipitó sobre mí y me obligó á levantarme.

Por segunda vez me cogió para bailar un vals.

—Querido mío, si esto es una diversión, conste que me parece muy mala, ó en otro caso hago venir á la orquesta.

Yo había tirado mi sombrero y mi abrigo sobre la cama.

—Si usted quiere hacer las cosas bien, repetí quitándome el cinturón, cojerá usted una almohada y se acostará sobre el canapé para protegerme contra los fantasmas.

—Todo lo que usted quiera, contestó él mirando su reloj, pero no podemos acostarnos antes de media hora.

Sentéme, dominada más que nunca por el sueño.

—Aunque el rey de Prusia, dije balbuceando, acompañado por Mr. de Bismarck y del príncipe de Prusia vinieran, amigo mío, á proponerme una partida de juego al treinta y cuarenta, no podrían vencerme el sueño que tengo.

Acostada encima del canapé, me sentía ya en el país de los sueños.

El conde permaneció á mi lado, observándome con inquietud.

Yo dormía.

El estudiaba la expresión de mi rostro como si quisiera leer en un libro abierto los sueños que me embargaban. Pronto me vi próxima á una horrible ansiedad. Lancé un grito y agité los brazos defendiéndome.

—Parece increíble, exclamé, siempre la misma historia; los muertos queriendo valsar con los vivos.

Cogiíme entonces las manos, y poniéndome en pie violentamente, me puso un brazo bajo mi talle y empezó á valsar con furor.

Como yo dormitaba aún no era precisamente una hija del aire por mi ligereza.

Desveléme poco á poco aterrorizada por la visión que había entrevisto; y no comprendiendo nada de aquel vals inaudito, imaginé que iba á perder el pie y á precipitarme en un abismo presa del vértigo.

—¡Piedad!, ¡piedad!, exclamé llorando.

Pero él continuó bailando siempre sin responderme.

Intenté golpearle con el pie y morderle: todo inútil; como esos caballos desbocados que no hacen caso de la cólera del domador, así estaba; había cogido el bocado con los dientes y para valsar mejor empezó á cantar hasta faltarle aliento un vals de Strauss que había yo bailado muchas veces. Cantaba en alemán; creí entonces que entonaba mi *De profundis*.

Dió la una.

—Se concluyó, me dijo. Ahora el castillo

de Offendall es un castillo encantado. Va usted á dormir el sueño de los ángeles y de las pecadoras. Mañana se maravillará usted ante las bellezas del país.

—Es igual, contesté, porque partiremos mañana por la mañana, ¿verdad? Pero antes explíqueme usted el por qué de ese vals furioso.

Jamás quiso decírmelo.

Al siguiente día marchéme colérica del castillo. El sonreía con expresión un poco triste.

—¿Qué vais á hacer? me dijo.

Aquella fué su última frase.

Algún tiempo después le volví á ver en un baile de la Opera.

—¿Quiere usted valsar?—le pregunté.

—No, me respondió, no valso más que en el castillo de Offendall.

Su rostro daba miedo.

Cuando salí del castillo de Offendall me fuí á Ems.

Ya había conquistado todo el aire de una mujer de mundo.

Los periódicos dieron cuenta de mi llegada como si fuera la Reina Mohely.

He cortado del *Eté*, periódico de los Baños, este retrato mio á pluma; una bien cortada pluma por cierto:

«Acaba de llegar de París. Con sus cabellos rizados como los sonetos de Rousard, dorados como el trigo candeal agitándose y esparciéndose en el aire; le gusta lo blanco para hacer más radiosos y brillantes sus ojos de sultana; sus ojos son tan bellos y expresivos que hacen olvidar todas

»las demás bellezas de su rostro. Su pie ha
 »llenado de celos á Cendrillon. Nada es más
 »lindo que esos tonos de laurel rosa que
 »lucen sobre sus mejillas y frente nacaradas.
 »Todas las mujeres pueden tener diamantes,
 »pero ninguna los brazos bastante hermosos
 »para llevar esos brazaletes hallados
 »entre las ruinas de Herculano. No es una
 »mujer, pero es un Silfo. Se desliza, no
 »anda. Queréis verla, y cuando os aperci-
 »bis está lejos, muy lejos.»

«Sí, es verdad, muy lejos. ¡Qué pincelada
 más justa! *Raoult de navery fecit.*»

No era hermoso, pero sí una inteligencia.
 Tenía cierto temor de ser desconocida en
 Ems, donde únicamente hay extranjeros
 curándose. Pero apenas sentéme en una
 mesa, bajo los árboles de la *Conversation*,
 cuando reconocí de pronto á los señores
 Pontmartur, Alberic, Second, Aureliano
 Scholl, Hlector de Callias y un ministro
 portugués; mis amigos todos y á mi ene-
 migo el príncipe de ***.

Se desayunaban dos á dos y habían elegido
 las mesas más cubiertas por el follaje
 de los árboles.

Me llamaron y me ofrecieron el vino de
 bienvenida.

Aquel fué uno de los almuerzos más brillantes
 de los que guardo recuerdo.

Alberic Second acababa de ganar 5,000
 francos y repartía á manos llenas el oro de
 su *esprit*. Y los demás convidados no le pagaban
 en verdad con moneda falsa. Era un
 choque de palabras y de paradojas que hizo
 palidecer á todos los alemanes del paseo.

A los postres presentóse el conde de Ormay,
 que venía de perder los 5,000 francos que
 Alberic Second había ganado. Si Alberic
 Second estaba realmente encantador siendo
 ganancioso, el conde de Ormay no era
 menos seductor habiendo perdido. Le
 hacía falta una víctima, y trató de tirar de
 los cabellos á un crítico de los lunes, pero
 el crítico era calvo. El asunto fué algo grave;
 un poco más y era cuestión de testigos.

—La culpa es de usted, decía Ormay, me
 ha dado los buenos días y me ha pedido
 fuego para encender su cigarro, lo que me
 ha hecho llegar tarde.

—El cigarro de usted estaba encendido,
 respondió el crítico.

—Sí, pero usted me ha hablado y me ha
 hecho perder la inspiración.

—Por qué pasa usted por la misma puerta
 que yo. Soy bien educado y saludo á las
 gentes que conozco.

—Sepa usted, señor, que no se saluda
 nunca á un hombre que va al treinta y cuarenta.

El crítico estaba exasperado.

—Está bien, perfectamente, dijo el conde;
 he aquí un hombre que está más furioso
 que yo: siempre pasa así.

Sólo faltaba que se echasen el vino del
 Rhin á la cara, pero el conde de Pontmartin
 pacificó á los dos amigos con una frase
 ingeniosa.

La vida en las aguas termales debe ser
 una vida de *farniente* pero resulta siempre
 una vida borrascosa.

Después del almuerzo, sobreexcitada por el ejemplo de Alberic Second y no inquietandome la pérdida de Ormay, puesto que éste había perdido porque el crítico le pidió fuego, me fui á la ruleta.

Ensayé de apuntar á todos los números pares, mas la bola se obstinó en saltar á los impares; al cabo de una hora había perdido negligentemente cincuenta luises.

Volví bajo los árboles buscando con los ojos á los gananciosos.

Alberic Second, había tenido tiempo de perder lo ganado; mientras que Ormay había recobrado lo perdido.

Propusieron un gira á la montaña montados en asnos. Yo no estaba contenta.

De modo que el asno que me condujo fué más apaleado que de costumbre. Estoy segura que entre los caballos y los asnos de Baden y de Ems podrían decirse:

—«He ahí un caballero que debe haber ganado, no me pesa y me deja coger un poco de yerba.

He aquí una dama que habrá perdido, el paisaje la disgusta, y me pega aunque vaya bien.»

Era la primera vez que perdía.

La primera vez es la que cuesta.

Es preciso acostumbrarse á todo, y se pierde con mucha frecuencia en la ruleta de la vida.

XV

Fantasio

Aquel día me salió un buen número.

Entre los paseantes venía un parisino al

que si queréis, llamaré Fantasio. No temió abusar de mi inocencia.

Aquello fué una verdadera pasión. En París no hay tiempo de amar, en provincias se ama muy mal, en el extranjero se ama perfectamente.

Todas las pasiones debieran ir en peregrinación á las aguas termales ó á las playas marítimas.

Allí es su única patria. Se han abandonado tras sí todas las preocupaciones. No queda más que una, la preocupación de amar.

La vida fuera de los acreedores, de los criados y de los importunos.

Se va y viene con absoluta libertad, extranjero es todo lo que se dice.

Todo lo que nos rodea y no se ocupa en los festines de la vida no es más que un sitio ignorado.

Aquel bienestar en los bosques, en los paseos, en la soledad, dura dos hermosas semanas.

Pero á Fantasio no le gustaba más que la dicha, que dura poco.

Una mañana quiso ir á beber á la fuente porque se sentía el pecho dolorido. Me aconsejó con el acento más cariñoso y tono acarameado que permaneciese acostada. Me dijo al mismo tiempo, que ofrecía yo un hermoso y embelesador espectáculo con el cabello esparcido sobre aquel lecho alemán en cuyos paños veíanse pintadas las hojas de parra.

A la mañana siguiente el mismo pretexto. No podía pensar que estuviere seriamen-